

## Monte Alto, donde nacen los músicos

La Escuela Municipal de Música cumple medio siglo con alumnos de todas las edades y convertida en una pequeña institución que cuida el amor por la música en Monte Alto.



La Escuela Municipal de Música celebra su 25 aniversario

Marta Otero Mayán. A Coruña | 26-11-23 |

Un edificio naranja corona la calle de la Torre. Es ineludible a la vista, incluso para los que llevan años transitando frente a su fachada. Sus molduras verticales, el color teja de las paredes y sus grandes dimensiones dotan de protagonismo al inmueble en medio de una intersección de viviendas, bares y, casi siempre, coches en doble fila. Pero lo de fuera es lo de menos. Es dentro donde surge la magia. O mejor dicho, la música. “La mayoría de alumnos son del barrio, pero vienen de todos los puntos de la ciudad, hasta de fuera”, matiza Elena Umbría. Hablamos de la Escuela Municipal de Música de A Coruña, una pequeña institución del barrio de Monte Alto y que viene de cumplir 25 años formando a varias generaciones de músicos del presente y del futuro.

Elena Umbría es, por el momento, la última directora de los tres que han pasado por el despacho en dos décadas y media muy cambiantes, pero que han tenido una constante: el amor y el interés por la música siguen teniendo relevo generacional. Fundada un 22 de noviembre de 1998 por, explica su directora, “necesidad de un aprendizaje lúdico” y también como “primera toma de contacto con la música sin estar atado a las enseñanzas regladas”, el centro ha ido creciendo, surfeando modas, tendencias y estilos musicales propios de cada momento. Aunque muchas cosas han cambiado, otras, matizan, no lo han hecho tanto. “Cada vez hay más de todo, pero los instrumentos sexistas siguen existiendo. Los niños siguen tirando a la guitarra o la batería, las niñas se orientan al piano. Afortunadamente, cada vez se ve más variedad”, observa la directora. La escuela tiene vocación de ofrecer una alternativa a niños, jóvenes y adultos que quieran formarse musicalmente fuera de los márgenes de la formación reglada, mucho más exigente a nivel de tiempo, materias y dedicación, pero también se esfuerza en allanar el camino a quienes quieren dedicarse profesionalmente a ello.





Una agrupación, en uno de los ensayos. || ARCA/ROLLER AGENCIA

“Tenemos alumnos que terminan cursando estudios en el Conservatorio. Otros vuelven de allí porque no se van a dedicar a la música profesionalmente, pero para ellos la música es indispensable y la quieren como complemento”, explica la directora de la Escuela.

Actualmente, el centro supera las 600 matrículas entre todos los instrumentos, agrupaciones y materias disponibles, pero por sus aulas, en estos 25 años, han pasado más de 10.000 alumnos sedientos de formación musical. Y aunque la Escuela debe su singularidad a la mezcla de edades que coexiste entre sus paredes, se afanan en ordenar los itinerarios para que nadie se pierda ninguna etapa. Así pues, los más pequeños, que pueden empezar con 4 años, comienzan su andadura en la música en clase de Música y movimiento, a los mandos de un xilófono, y luego, conforme crezcan, podrán escoger un instrumento y elegir entre agrupación, música moderna, tradicional o lo que gusten.



Una clase de música moderna. || ARCA/ROLLER AGENCIA || MARTA OTERO MAYÁN



“Aquí reciben las primeras nociones musicales, para que le vayan cogiendo el gusto a este mundo. Empiezan con la percusión, el xilófono les encanta. Se les pone una base de fondo, hacemos un arreglo y ellos van tocando la parte melódica, cantan una parte... demográficamente ha bajado el número de alumnos, pero sigue habiendo muchísimo interés en aprender”, cuenta Matilde González, profesora en el centro desde hace 16 años, que intenta hacerse oír entre el sonido de xilófonos que emerge inevitablemente en cuanto los pequeños agarran las baquetas. De una de las clases de al lado se escapa un sonido un poco más ordenado. Son los alumnos de agrupación, que ensayan la banda sonora de Eduardo Manostijeras.

El aula escapa de las formaciones clásicas e integra lo que haga falta: flautas traveseras, clarinete o piano, pero también guitarra clásica o acordeón. “Hay instrumentos que no suelen participar en las agrupaciones. Esto es diferente, intentamos integrarlo. Son agrupaciones heterogéneas, que no se ciñen a orquesta o banda de rock”, cuenta la jefa de estudios, Alicia Valle. Mientras habla, en el edificio anexo, los alumnos de un combo de moderna de distintas edades ensayan, a las órdenes del profesor Miguel Cabana ensayan Watermelon Sugar. En la escuela de Monte Alto pasan muchas cosas, pero la música no para nunca.



Alumnado de tradicional. || CARLOS PARDELLAS

## **“Al ser como un actividad extraescolar, el 80% del alumnado viene porque quiere, es feliz aquí”**

Elena Umbría dirige la Escuela Municipal de Música desde hace cinco años, pero podría decirse que casi puso la primera piedra de un centro que ella misma ha visto evolucionar. “Llevo aquí 25 años, desde que se fundó la escuela. Estuve en la inauguración y ahora soy la directora”, resume Umbría, natural de Santander, que ejerce de coruñesa de pleno derecho desde que recaló en la escuela y ya no pudo desvincularse. Antes se desempeñaba como crítica musical en el diario Alerta, y ahora su día a día discurre entre el sonido de los xilófonos que y los cajones de batería que no paran de sonar cuando uno transita por los pasillos de la escuela. Un lugar en el que no solo ella encontró su sitio, sino que lo hicieron también los muchos niños, jóvenes y mayores del barrio para los que el centro es un punto de encuentro ineludible. “Hay alumnos que llegan con 5 años y ahora tienen 14 o 15, que ya tienen aquí su grupo de amigos, quedan para verse fuera... otros llevan aquí no digo desde que se fundó la Escuela, pero a lo mejor

desde hace 20 años sí. Han encontrado su sitio en agrupaciones”, explica. A lo largo del cuarto de siglo en el que la Escuela se fue convirtiendo en una pequeña institución en el barrio han cambiado muchas cosas. Entre ellas, que la metodología pasó de ser individual a tomar la colectividad como elemento enriquecedor, también para formar a futuros músicos. Fue uno de sus directores más longevos, José Antonio Acuña, el que supo ver que la música se aprendía mejor en grupo. “Él fue el que implantó las aulas laboratorio. Al principio éramos un poco reacios, pero es que al final es el método que mejor funciona. Mezclar edades, tocar juntos, mejora la coordinación y la técnica. También nos adaptamos a las necesidades de cada alumno”, precisa. Los vecinos y vecinas de Monte Alto tienen, en el edificio de paredes naranjas que corona la calle de la Torre, algo más que un punto de encuentro o un lugar donde matar las horas. “Esto es como una actividad extraescolar, así que el 80% del alumnado, o más, viene porque quiere, nadie le obliga. La gente es feliz aquí”, asegura.



Daniel Añón, con su guitarra. || ARCAÿ/ROLLER AGENCIA || MARTA OTERO MAYÁN

## **“Tenemos alumnos entre los 4 y los 80 años, es enriquecedor”**

Daniel Añón tiene solo 38 años, pero ya es un maestro veterano del centro de Monte Alto. Niños, jóvenes, adultos y hasta ancianos aprenden, junto a él, la magia de la guitarra. Un instrumento que, por mucho que pasen los años, tal y como él mismo ha podido comprobar en el ejercicio de la docencia, se resiste a pasar de moda. “La guitarra, tanto la clásica como la eléctrica, el piano y la batería siguen siendo los instrumentos más demandados”, asegura. Junto al trío que ostenta el podium, en la escuela de Monte Alto hay lugar para otras opciones, a priori, más desconocidas para los alumnos. Algunos lo tienen claro, otros llegan por casualidad, pero siempre hay quien se enamora de la magia de las propuestas instrumentales que el centro pone a disposición de los indecisos. Lo que no pasa de moda, nunca, es el interés por la propia música. “Tenemos también alumnos de violín, clarinete, acordeón... de todo. La música siempre va a gustar. Es especialmente llamativo y bonito cuando ves que viene de familia. Cuando la familia inculca el gusto por la música al niño o niña, eso se nota”, detalla el profesor, que sí que aprecia un cambio en las referencias musicales de los alumnos más jóvenes, que se inclinan hacia propuestas más actuales, pero, no obstante, asegura que siempre caben sorpresas. “A veces me piden canciones que escuchaban sus abuelos”, cuenta.



En sus casi tres lustros de docencia en Monte Alto, Añón, que se formó en el Conservatorio coruñés, ha visto pasar cientos de estudiantes por sus manos. Algunos de ellos incluso le hacen sentirse mayor de lo debido. “A veces me saludan chavales a los que di clase cuando tenían 6 o 7 años, que ya tienen más de 20”, señala. La mezcla de edades es otra de las coyunturas más singulares de sus clases, en las que se encuentran desde personas que dan sus primeros pasos con el instrumento, otras que lo retoman tras media vida sin tocar y hasta los que tienen en la música una forma de pasar el tiempo. “En las clases hay alumnos entre los 4 y los 80 años. Es enriquecedor: los niños tienen curiosidad por los mayores, y a los mayores les gusta ver cómo aprenden los niños”, observa.



Agustín Lesta, sentado al piano. || ARCAV/ROLLER AGENCIA || MARTA OTERO MAYÁN

## **“Empecé a tocar el piano al jubilarme, pero no pierdo la esperanza con la guitarra”**

La historia de Agustín Lesta con la música es un camino de ida y vuelta, al que, augura, aún le quedan kilómetros por delante. “Toqué la guitarra desde que nací hasta los 15 años, porque mi padre era un gran guitarrista. Luego estuve 50 años sin tocar”, empieza. Estudios, trabajo, la mili, una carrera, luego otra, los hijos... Lesta, arquitecto y aparejador de profesión, decidió que era el momento de retomar el instrumento tras jubilarse, aunque la música tenía otros planes para él, alejados de la cuerda frotada. “Llegué a la escuela de música con la idea de apuntarme a guitarra para retomarla, pero me dijeron que no había plazas, así que decidí probar con el piano”, cuenta Lesta. Y por qué no. Ahora, con 74 años, se resiste a definirse como un virtuoso de las teclas, pero admite que no se le da nada mal, aunque asegura que no pierde “la esperanza” de regresar a la guitarra. En la Escuela tiene, revela, al mejor profesor posible si se anima: Daniel Añón, nada menos que el hijo de su mejor amigo de la infancia. Todo queda en casa, o, en este caso, en la Escuela de Monte Alto. “El padre de Daniel era uno de mis más íntimos amigos. Él es un guitarrista magnífico. Puede sonar pretencioso, pero yo creo que él toca porque yo también tocaba”, dice riendo. No acaban ahí las conexiones. Agustín Lesta comparte escuela con sus dos nietas, María y Carmen, de cinco y siete años. Mientras que la pequeña da los primeros pasos en Música y movimiento, a la mayor ya le ha tocado el turno de elegir un instrumento. Su elección no podía ser otra. “Elegió la guitarra. Y cómo no, Daniel es su profesor. Yo no descarto regresar a la guitarra y ponerme en sus manos. Por el momento, a mis nietas les encanta la música”, confiesa.